

IRIS

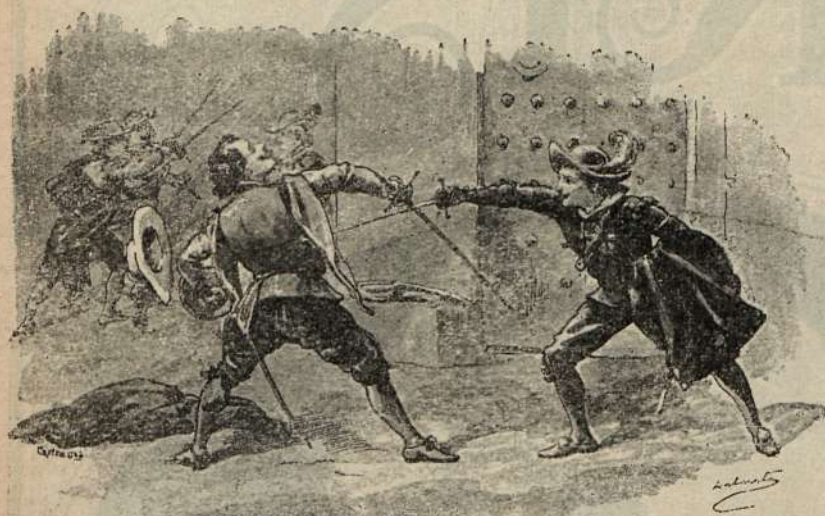


ADMINISTRACIÓN
50, PLAZA DE TETUÁN, 50
BARCELONA

IRIS

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN
50, PLAZA DE TETUÁN, 50
BARCELONA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA



CUENTOS DE TODAS PARTES

ORIGINALES

DE LOS

MÁS CÉLEBRES AUTORES

CONTEMPORÁNEOS

Profusamente ilustrado. — Un
tomo en tela, 5 pesetas.

CUENTOS ESCOGIDOS

POR

VARIOS AUTORES

Ilustrados con magníficos grabados. — Un
tomo en tela, 5 pesetas



EL IMPERIO DEL SOL NACIENTE

OBRA ESCRITA

POR

D. JUAN LUCENA DE LOS RÍOS

ILUSTRADA CON GRABADOS

Un tomo en tela, 7'50 ptas.



LA ELECCIÓN

I



Desde los primeros momentos del escrutinio se comprendió que el triunfo era suyo. Por cada vez que se pronunciaba el nombre de alguno de sus adversarios cantábase diez ó doce seguidas el que él llevaba, entre los rechinamientos de dientes de los interventores enemigos y las caras de pascua de los propios, volando ya con las alas de las ilusiones hacia los estancos soñados y las credenciales prometidas. Al cabo se terminó el acto ya de noche, y la candidatura independiente no patrocinada por nadie sino por la opi-

nión local, verdadera representante por excepción rara y única de la región, quedó flotante y vencedora por inmensa mayoría de votos. Los notables de la ciudad que habían presenciado el recuento apelmazándose rompieron en un aplauso.

¡Hermosa carrera la del diputado vencedor! Treinta y seis años, dueño de una de las fábricas de hilados de mayor importancia de la provincia, abogado además y orador y escritor economista, citado por las eminencias rentísticas del extranjero en sus memorias, y una de las columnas del mundo bancario español. De ítem un temperamento vigoroso, á propósito para la lucha, una salud en su plena fortaleza, el cabello copioso, la dentadura íntegra. No sería uno del montón, no. Su inteligencia le haría brillar. De esa madera salen siempre los ministros. ¡Es

un ambicioso! decían mordiéndole, señal de estar hecho su prestigio. No se clava el diente de la murmuración en lo vulgar.

¡A su casa! ¡A su casa! fué el grito unánime. Dábanle la noticia todos, en tropel. Sus aclamaciones le revelarían el éxito. ¿Qué mejor heraldo que la muchedumbre agolpada vitoreando? La fábrica se alzaba á un extremo de la ciudad, al fin de una avenida de plátanos. Irían en filas, con antorchas, con la banda municipal á la cabeza. En un periquete quedó organizada la manifestación, prendidas fuego las hachas de viento, la charanga al frente con sus instrumentos que relucían al fulgor de las luminarias y media hora después surgían las ventanas «de cuartel» de los talleres, entonces silenciosas por la hora de descanso, y la masa de electores entusiastas subía por las anchas escaleras con ventanales al domicilio particular del director y dueño de la industria.

Mil abrazos, mil achuchones, mil palmas. Pasó de unos á otros como una pelota. Todos dijeron lo mismo con muchos ¡oh! y muchos ¡ah! ¡El representante de la moralidad! ¡El espíritu íntegro! ¡El inflexible sin más credo que el bien de la patria! Y venga copa y tabaco. Pero el hecho era que aquella ovación significaba el triunfo, el logro de sus ideales, su anhelo de popularidad satisfecho, y cuando la música se alejó tocando y se vió solo sintió una alegría inmensa, reflejósele en su rostro de hombre sano y fuerte una viva alegría y murmuró sentándose en un diván bajo la luz del quinqué y con el sincero acento de su corazón recto y puro:



—Yo os prometo, y no es una promesa falaz, sacrificarme por mi querido rincón.

II

—¿Se puede?—exclamó una vocecita ténue, muy argentina.

Y sin esperar la respuesta, como persona que cuenta de antemano con el permiso, penetró en el despacho aun oliendo á humo y á muchos hombres sudorosos, una linda jovencita en sus doce rubias primaveras, blonda y blanca y con cierta cara de susto que la hacía más interesante.

—Toda esa gente que aquí ha venido en montón y que creía que hundía el piso quiere decir que has salido diputado... ¿verdad, padrino?

—Sí, hija mía.

—¡Entonces aunque no valga nada te daré también mi enhorabuena! ¡Vaya si me alegro!

Le echó los brazos al cuello besándole. El la estrechó con verdadera veneración. Hija mía la había llamado. La cara idéntica de ambos comprobaba en el acto la afirmación. En el rostro de temperamento fuerte de aquel hombre se pintó un dolor muy vivo á la vez que una ternura muy honda. El instante era solemne, instante de expansiones, de alegría, de

triunfo, en el que la victoria abre todos los poros del alma á la felicidad del éxito.

¡Ah! Bien castigada estaba su pasión criminal, sus amores nefandos contra toda ley moral, libados en la sombra, á espaldas de un inocente, entre la medrosidad y el dolor almohadas de las venturas prohibidas!

Allí, en su presencia tenía aquella niña, sangre de su sangre, en quien adoraba, vengadora y endulzadora á la vez de su delito, condenada á no saber nunca quién fué su madre, á pasar á su lado sin recoger su beso «de derecho», á ignorar hasta que le debía la vida, á él, un hombre soltero, á creerse huérfana sin serlo. Había conquistado una posición social envidiadísima, era rico, era popular, era joven, se presentía en camino de grandes cosas en la nueva ruta emprendida y en medio de tanto sol surgía súbitamente la noche, personificada en la pobre criatura que le estrechaba amorosamente diciéndole con cariño:

—¡Estarás muy contento, padrino! ¿Verdad que lo estarás? ¡Pues ya lo creo! ¡Bien se te conoce en la cara!...

¡No, no lo estaré nunca mientras no me llames padre! Estuvo á punto de gritar á voces. Pensó una porción de locuras. Pues se mataría en seguida. ¡Y dejaría de verla! ¡Paciencia, santo Dios, paciencia! Y aun le aguardaba la lanzada. Avisaron que la sopa estaba en la mesa, y desprendiéndose la niña de sus brazos y arreglándose sus cabellos rubios exclamó con su inocencia de ángel:

—¡Lo que habría gozado papá si viviera con tu triunfo tú que dices que erais tan amigos y te quería tanto!

El grande hombre no pudo contestar nada, ocultó su pena y siguió á la niña, maldiciendo en aquel instante la elección entre el dolor que le causaban las inesperadas espinas.

ALFONSO PÉREZ NIEVA





R. Casas: LA TRINI

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES

Caracterízase el actual Certamen por no haber ni obras de subidísimo mérito ni tampoco muchas rematadamente malas, como que no pasarán éstas de tres docenas, entre los 700 y pico de números del Catálogo. Parece que la guerra no ha inspirado gran cosa á nuestros artistas, al revés de lo que sucedió en Francia después de su *debacle*, con ser incomparablemente inferior á la nuestra. Predominan el paisaje, las escenas puramente descriptivas y los cuadros inspirados en la vida de las clases trabajadoras. Asuntos sugestivos hay pocos; las ideas andan escasas.

En la imposibilidad de dar cuenta de todas las obras notables nos contentaremos con citar los envíos de los Sres. Avendaño, Alvarez Sala, Abril, Bernete, Brull, Borrás y Abella, Cabrera Cantó, Chicharro, Domínguez, Meunier, Bertodano, Guinea, Godoy, Hernández Nájera, Martínez Cubells, Martínez Abades, Maura, Manero, Mir, Menéndez Pidal, Moreno Carbonero, Morelli, Muñoz Lucena, Murguía, Espina, Pla, Pinazo, Regoyos, Romero de Torres, Regoyos, Raurich, Ramírez, Rusiñol, Santa María, Suárez Inclán, Sala, Sorolla, Ugarte, etc., etc., en punto á cuadros. Entre éstos hay pocas *machines*, lo cual siempre es una ventaja, mientras abundan en gran manera los cuadritos de caballete. Se elogia, por punto general, la brillantez del color de muchos de ellos; pero hay quien se queja de que abundan también los desdibujos.

En escultura se citan con encomio un grande alto de Inurria, la *Mina de carbón*, una maravillosa cabeza de niña, de Blay, y los envíos de Benlliure, Marinas, Campeny, Montserrat, Parera, Alcoveno y otros.



Menéndez Pidal: «SALUS INFORMORUM»



Parera: CONSUELO



M. Hernández Nájera: LA FERIA DE SANTIPONCE



E. Suárez Inclán: LA HERENCIA DEL HÉROE



Moreno Carbonero: BATALLA DEL VIZCAÍNO



Ugarte: EN EL MUELLE DE SAN SEBASTIÁN



J. Godoy: EL TOCADO



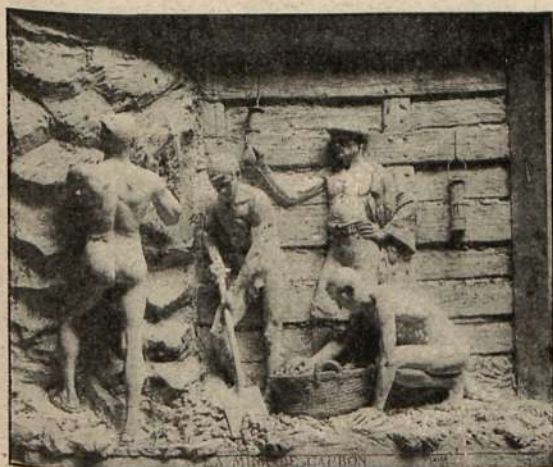
C. Pla: AMOR VENCIDO



J. Sorolla: COSIENDO LA VELA



M. Santa María: EL PRECIO DE UNA MADRE



Mateo Inurria: LA MINA DE CARBÓN (alto relieve)



L. Bertodano: EN LA HUERTA DE CÓRDOBA



EN LA EXPOSICIÓN DE PINTURAS



LA CARRERA DEL MUNDO

I

Quedóse Fortunato profundamente sorprendido cuando entró en casa de Gaspar su hermano. En el pueblo natal, de donde acababa de llegar á la corte, habíase Fortunato imaginado á Gaspar, nadando en oro. Llevaba Gaspar muchos años de carrera, siempre se había distinguido por su aplicación en el estudio; era un sabio. ¿No era lógico que su posición correspondiera á su mérito? Nada más opuesto.

Gaspar vivía en un modestísimo piso cuarto. Seguía soltero, cuidábale una criada vieja. La habitación de Gaspar, así como su traje, eran muy pobres. Todo indicaba que en aquel hogar se hospedaba la fría miseria. Sólo abundaban allí los libros, que en estantes, en sillas y hasta en el suelo se aglom-raban abigarradamente en el despacho.

A él pasaron los dos hermanos, después de abrazarse.

Fortunato estaba serio, triste. Gaspar sonreía bondadosamente.

—¿Cómo me encuentras?—le dijo al recién venido.

—Te diré la verdad. Estás muy viejo. Debes haber padecido mucho.

—Sí. Los caminos de la ciencia están sembrados de espinas.

—Yo creí que la ciencia, como todo lo que es superior, llevaba á la gloria, á la fortuna, á la dicha.

—En otros países, suele suceder eso. Aquí, no. Aquí, ya ves á donde conduce.

—Sí. Ya lo veo,—dijo Fortunato amargamente.

—En fin, no pensemos en lo que no tiene remedio,—dijo Gaspar, ahogando un suspiro.—Ahora, lo que importa es darte un buen almuerzo. Espero que te alojarás en casa; lo poco que tengo, es tuyo.

Fortunato volvió á abrazar estrechamente á su hermano. En sus ojos brillaban las lágrimas.

—Desgraciadamente,—dijo,—tendré que estar á tu cargo. Ya sabes que vengo á buscar fortuna. La herencia paterna no ignoras que fué cortísima. Con ella me esperaba un porvenir miserable. Traigo pocos recursos. Pero no te molestaré mucho.

—¿Qué ciencia sabes?—replicó Gaspar.

—Ninguna,—repuso Fortunato.—¡Ni me hace falta! ¿De qué te ha servido la tuya?

—Es cierto. Pero ¿poseerás alguna habilidad?

—Sí... la habilidad de buscarme la vida. Nada espero del mérito. Todo del favor.

Gaspar fué á dar órdenes para el almuerzo. Fortunato salió á dar un paseo por Madrid, esto es, por su futuro campo de aventuras.

II

Un mes había transcurrido. Y en ese plazo tan breve, Fortunato había resuelto la magna cuestión de la existencia.

Hallábanse los dos hermanos sentados á la mesa y hablaban.

—¿Cómo te has compuesto, demonio, para tener tanta suerte?—preguntó Gaspar á Fortunato.

—Pues he hecho lo que tú. Estudiar. Sólo que en vez de leer libros he observado el mundo.

—No es esa empresa fácil.

—Lo es, y no lo es. Lo es cuando nos sentamos á la orilla del torrente, y acechamos la ocasión para cogerla cuando pase. No lo es, cuando, como tú, permanecemos alejados de la sociedad y nos tapamos los oídos para no escuchar sus rumores.

—¡Bravo! Eres un chico aprovechado.

—Así y todo me ha costado no pocas angustias salir á flote. ¿Ves esta ropa que llevo puesta y la otra que tengo guardada?

—Muy rica y elegante.

—Pues no la he pagado, porque no podía pagarla; pero la necesitaba como un talismán que me abriera todas las puertas.

—Y ¿cómo te has ingeniado para que te fie el sastre, cuando á mí nadie me fia?

—Pues... invocando tu nombre.

—¿De suerte que mi nombre?...

—Me ha servido de mucho. Empecé mi carrera, frecuentando un café, á donde concurre gente distinguida. Me urgía tener amigos poderosos. Todos los días preguntaba al camarero quiénes eran las personas que allí estaban. Y cuando supe quiénes eran, procuré sentarme siempre en las mesas inmediatas. Nunca faltaba un pretexto para entablar conversación. Hacía por adularlas, por complacerlas, por serles útil en algo. Y para que no me tomaran por un cualquiera, no dejaba de advertir que era hermano tuyo, un profesor, un sabio. «¡Oh, sí! Es cierto. Lo he oído nombrar. ¡Es un hombre notable!»

—¿Eso decían?

—Decían eso, y veía yo que se gozaban en favorecerme. Pronto tuve un amigo que me presentó á un sastre; luego tuve otro que, habiéndole acompañado á algunas aventuras, ha intimado conmigo, y ha puesto á mi disposición su bolsillo; últimamente, un caballero me ha ofrecido un destino, como regalo de boda. Pues sabrás que me caso.

—¿También te casas? Y yo que aun no he podido... sino tener una criada vieja.

—Me caso, ¡asómbtrate!, con una mujer joven, rica y bonita. Es huérfana; vive con una tía; no iba más que á la iglesia. Nadie se fijaba en ella. Yo la ví, la seguí, pregunté, me gustó, la enamoré, y ya no vive sino en ser esposa mía. Con que, me parece...

—Me parece que el verdadero sabio eres tú; tú el hombre de mérito; no yo, imbécil, ratón de libras, que consumo mis días en una lucha estéril, sin beneficio para nadie...

No estaba Gaspar en lo cierto.

Bien puede la carrera del mundo proporcionar al que la sigue, y triunfa en ella, los placeres, las pompas, las satisfacciones que reclama el egoísmo. Pero el sabio tiene otro premio. Vivirá pobre, permanecerá ignorado tal vez será perseguido. No importa. Comprende que es un mártir. Y sacrificará, en honor de su ideal, todas las seducciones de la vida. No le desdeñemos. Hagamos que espinas se conviertan en flores algún día.



JOSÉ DE SILES

¡COCO!



¿Ué si era guapa Lolilla?

Como que había sido *Malena*, que en aquella tierra de Málaga es la patente de la hermosura el haber «desempeñado» el papel de *Magdalena* en las fiestas de Semana Santa.

Para eso de ser *Malena* se necesitaba ser la mujer más hermosa del pueblo y de la comarca.

Por eso la elegían el Ayuntamiento y el común de los fieles administrados por el municipio.

Y Lolilla fué *Malena* dos años consecutivos.

Y no lo fué más, porque se casó, y aparte de la verosimilitud, puesto que María Magdalena no consta que fuera casada, se marchó del pueblo y se fué con su esposo, Damián á vivir en una ventilla, donde se estableció el matrimonio.

La venta llevaba el nombre de la *Venta de la Malena*, entre el vulgo.

Damián era un mozo cordobés, bruto de suyo, pero noblote y pasional, como decimos ahora.

Casó con Lolilla, despertando la envidia de los jóvenes del pueblo, y seguía, como siempre, la hermosura de Lola excitando codicias y apetitos casi deshonestos puesto que ella era ya propiedad de su esposo. Damián tenía un compadre: el Sr. Joaquín, como le llamaba la gente, aunque no fuera un viejo, sino hombre de la Edad Media, como decía él.

Que le gustaba su comadre, no hay para qué decirlo.

Había sido el padrino de pila de Juanito, un niño hermoso como el solo, con toda la cara de su madre y todas las condiciones de ambos cónyugues.

Pero Lola no atendía á sus claras insinuaciones, y Joaquín se volvía loco á ratos.

En esta situación tuvo que salir del pueblo Damián, y su compadre se resolvió á dar el último ataque á la honradez de Lolilla.

Minutos hacía que el confiado esposo, encomendando la vigilancia de su casa al compadre, había salido á caballo por la capital, cuando se presentó en la venta el Sr. Joaquín.

Y la escena fué cómica y dramática á un tiempo.

Lola rechazó una vez más al compadre, y el compadre apuró sus recursos para vencer á Lolilla.

El niño estaba presente.

De pronto se oyó que llamaban á la puerta.

Era él, Damián, que había olvidado un documento importante para el asunto que le llevaba á Málaga.

La esposa, azorada, le dijo al compadre:

—¿Ve usted á lo que exponen ustedes á una mujer honrada? Escóndase usted ahí.

Y le indicó que se ocultara debajo de la cama.

El compadre obedeció. Entró Damián y dijo:

—He olvidado un papel importante y me alegro, porque así podré darte otro abrazo y otro beso al nene. Ven acá, Juanito.





Tomó el niño en brazos, y éste, muy agarrado, dijo á su papá:

—¡El coco!

—¿Eh? ¿Qué es eso del *coco*? No hay cocos, hijo mío. ¿Por qué le dices esas cosas al chico? Así se hacen temerosos.

—No se lo dice nadie, Damián.

—¡Papá, el coco!—repitió el niño, señalando el sitio en que se ocultaba el compadre.

Y tanto insistió, que Damián, para convencerle, se levantó, se dirigió á la cama conyugal, y levantó el cobertor.

—Verás como no hay coco, hijo mío.

Y vió Damián al compadre que le

decía:

—Perdone usted, compare, una distracción.

—Salga usted,—le dijo Damián;—salga usted de ahí, San Alejo.

Obedeció el Sr. Joaquín, y salió del escondite, todo manchado de polvo.

—Tráete un cepillo, Lola,—pidió el marido.

Cepilló cuidadosamente al compadre, y le dijo en seguida, indicándole la puerta.

—Vayaste ya por ahí... y no me güerva usted á espantá el chico en toa su vida.

EDUARDO DE PALACIO

EPIGRAMAS

De pagas ordenador
han hecho á D. Restituto,
el que, haciéndole favor,
es un bruto, pero unbruto
de los de marca mayor.
Y es tanta la necesidad
de ente tan estrafalario,
que dice con seriedad
cómica, que es *ordinario*.
¡Y dice una gran verdad!

Corto de talla es Carbó,
mas no le importa dos bledos;
pues dice, y lo afirmo yo,
que desde que se casó
ha crecido algunos dedos.

Me has convencido, Leandro,
que ideas grandes concibes,
no porque tú lo demuestres,

si no porque tú lo dices.

La poesía desdeña
el burócrata D. Pánfilo,
jefe de administración
metódico rutinario.
Hace bien en desdeñarla,
pues asegura el adagio
que no se hizo la miel
para la boca del asno.

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE





José M. Tamburini: DIA DE CAMPO

EXPOSICIÓN CÓMICA (por Gascón)

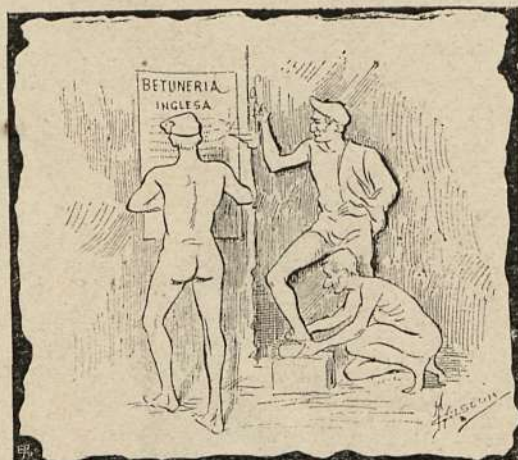
973.—PARERA

973.—PARERA



Toda la santa tarde—sin beber ni una gota
y tú, ¡vaya un consuelo!,—no me has traído la bota.

514.—J. MORENO CARBONERO



Y no sé en conclusión
porque es esto «La mina de carbón.»

818.—SUÁREZ INCLÁN



.....
Y exclamó D. Quijote: Bien podrá con la carga
una mula tan larga.

643.—CECILIO PLA



Mientras la madre espira,—víctima de la ataxia
los hijos, ¡deseastados!,—se dan á la gimnasia.

378.—HERNÁNDEZ NÁJERA



Se oculta de su abuela
porque no quiere el tuno ir á la escuela



..... ¡Cuernos!
Con las cositas que pintan los modernos.

COSAS DEL DÍA

Estamos en pleno período de exposiciones, aunque á primera vista parece que sólo tenemos que lamentar la de Bellas Artes, inaugurada hace pocos días en la villa y corte.

Digo lamentar porque, si se ha de dar crédito á los chicos de la prensa, la Exposición de este año es inferior á las anteriores; cada una de las cuales, á su vez, lo fué respecto á las que la precedieron, de modo que, de resultar ciertas semejantes afirmaciones, habría que suponer que todos nuestros artistas progresan como nosotros nos regeneramos: á lo cangrejo.

No he visto la Exposición actual, en primer lugar porque no me he movido de Barcelona, y suprimo los demás lugares; pero creo que habiendo tomado parte en ella pintores como Sorolla, Moreno Carbonero, Menéndez Pidal, Masriera, Martínez Cubells, Raurich, Abril, Bilbao, Muñoz Lucena, Martínez Abades y Rusiñol (al que cito el último en castigo de sus pecados modernistas del primer siglo de la creación) y escultores que se llaman Blay, Campeny, Montserrat, Borrás Abella, Parera, Inurria, Marinas y Alsina; una Exposición, digo, en la que figuran tales firmas y otras igualmente acreditadas, no puede ser cosa despreciable, ni inferior á la generalidad de sus predecesoras.

Lo que hay es que sigue de moda el *heraclitismo* (!). Lloramos por todo: los comerciantes cada año venden menos; la industria se paraliza, *lenta, pero continuamente*; desaparecen la agricultura, los cantantes, los héroes, los cómicos, el teatro, la marina, los hombres honrados, los concejales, los toreros, los pintores, los escultores, los escritores y hasta los encuadernadores y los regeneradores del cabello; sólo quedan los que nos lo toman con sus eternas jere-miadas.

Quedemos, pues, en que la actual Exposición no será mejor, pero de seguro no es peor tampoco que otras muchas, aunque no pueda competir con la *inaugurada* también hace poco en Valladolid, donde, según se dice, por culpa del *eterno femenino* surgió entre un cadete y un estudiante una cuestión que fué origen de otras varias entre los compañeros de ambos rivales, y que, agriada por la intervención de los amigos del barullo, dió lugar á desórdenes, pedradas, sablazos, cargas de caballería y otras menudencias. Los premios de la Exposición vallisoletana fueron adjudicados á unos treinta individuos que conservarán agradable recuerdo de los adoquines y de los sables; y, por fin... cadetes y estudiantes se abrazaron, se obse-quiaron mutuamente con pastas y dulces y licores... y hasta otra.

Por supuesto que los susodichos heraclitistas (no sé por qué me he encaprichado con la palabreja) aprovecharon la ocasión para hablar de pavorosos conflictos, de odio al ejército, á causa de las recientes catástrofes, de antagonismo entre el elemento militar y el elemento civil, etc., etc. ¡Como si, fuera de cuatro imbéciles y otros tantos malvados, hubiera ya quien sintiese tales odios ni creyera en tales antagonismos! ¡Como si la juventud de Academias y Universidades no hubiese sido siempre y en todas partes bulliciosa y levantisca y poco cuerda, pero de nobles sentimientos y generosos arranques, que quitan toda importancia á sus desplantes y calaveradas!

Lo de Valladolid ha sido una de ellas, ni más ni menos, aunque durante algunos días la gente pacífica haya estado expuesta á que le rompieran algún hueso, y aunque, como arriba he dicho, unos treinta individuos hayan resultado premiados ya con el sablazo de honor, ya con la primera pedrada ó con el garrotazo de segunda, ó simplemente con alguna pateadura á modo de accésit.

Más exposiciones.

Algunos candidatos á concejales han estado expuestos á quedarse sin actas, y algunos electores candiditos á quedarse sin cabeza por oponerse á los desafueros de ciertos presidentes de mesa dignos de mejor cárcel.

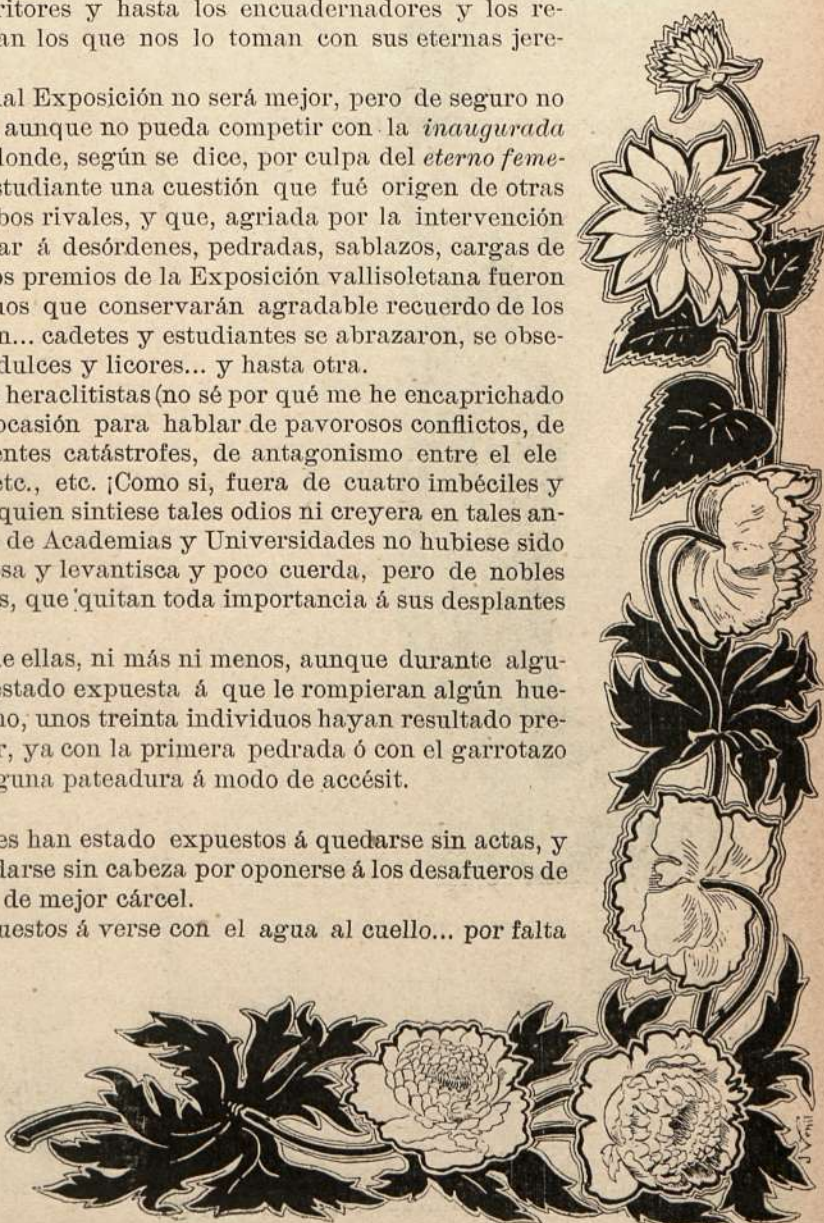
Los labradores han estado expuestos á verse con el agua al cuello... por falta de agua.

¿Quieren ustedes más exposiciones?

Pues aun hay otra: yo estoy expuesto á encontrarme sin espacio suficiente para poner la firma.

Conque, hasta otro día.

EDUARDO BLASCO





✱
✱ ✱

Hé aquí como la ví y como la veo:
sobre el busto de nieve la cabeza
se erguía con la ingénua arrogancia
de la copa gentil de la palmera
en cuyas hojas verdes se deshacen
los rayos tibios de la luz etérea.
Cual el casco dorado de la diosa
bajo cuya custodia estaba Atenas,
sus cabellos formaban áureo yelmo
hechos de rizos y pesadas trenzas.
Miraba al cielo como si mirara
á sus blancas graciosas compañeras
las palomas, ó cual si sus pupilas,
llenas de amor, errantes se perdieran
en el espacio azul, por donde vagan
las visiones del alma, las siluetas
de los sueños efímeros, que huyen
y luego en el azur revolotean.
Del blanco mármol que empleara Fídias
para esculpir sus diosas, así era
su cuello torneado, eran sus hombros,
eran sus brazos, era aquella egregia
deslumbradora curva, que dejaba
el mal ceñido talle descubierta.
De la flotante túnica los pliegues
caían juntos en unión revuelta
hasta los suelos por allí ensanchándose,
cual la mitad caudal de una sirena.
Todo era armonioso, compasado.
La pura línea, forma de la idea,
descendía ondulando majestuosa
desde la frente á la menuda huella,
que dejaran sus pies al pesar breves
sobre el suelo, feliz con sostenerla.
De la carne de rosa satinada
emanaban efluvios de violeta;
la túnica encerraba sus hechizos
cual la corola de una flor la esencia
misteriosa de la vida, y engañadas
las mariposas iban hacia ella
y con sus alas de carmín y oro
cosquilleaban sus labios de cereza.
Así la confundían con las flores
de las cuales tenía la apariencia;
pero tenía más: la voz dulcísima,
la mente en que bullían las ideas,
el calor de la sangre palpitante
en el hondo latir de las arterias;
el suave movimiento de las diosas,
el rítmico compás de la canéfora,
todo lo que soñar puede en su éxtasis
el fiel adorador de la belleza;
una cosa tan sólo le faltaba:
el corazón brillaba por su ausencia.

J. DEL ALAMO

LAS GAFAS DEL SEÑOR CURA



1. —Quiero unas gafas ahumadas. Que sean güenas que son pa el señor cura.



2. —¿Le gustan á usted esas?
—Hombre... si las tuviera usted más oscuricas...



3. —Sí. Aquí hay más oscuras.



4. —Estas son güenas ¿Cuánto valen?
—7 pesetas 50.



5. —Ahí tiene usted.
—¿Qué me da usted aqui?



6. —Le he dicho á usted 30 reales y usted me da 15.
—Güeno. Es que se me ha olvidao decirle que solo necesito el un cañuto, porque es tuerto el señor cura.

REPITORIA

Como resultado de las elecciones que acaban de celebrarse serán padres de la patria veinte chicos, hijos de personajes del candelero y catorce sobrinos de igual pelambre.

Con lo cual nadie negará que se trata de una verdadera re-generación.

—Una idea que aparece dos veces en una obra, sobre todo á corta distancia, — decía uno, — me hace el efecto de esos que después de haberse despedido vuelven á entrar para recoger el sombrero ó el gabán.

Murió en desafío uno de los amantes de cierta horizontal, habiendo causado gran sensación aquella desgracia, y al día siguiente un amigo que fué á verla la encontró tocando la guitarra.

—¡Pero yo creía á usted desesperada, hecha un mar de lágrimas!— exclamó sorprendido.

—¡Oh! — respondió ella con tono patético. — ¡Ayer hubiera debido verme usted!

Algunas divisas. Ana de Austria eligió como blasón «una luna que se pone al salir el sol» y estas palabras: —*Mi valer no está en mi corona.* (Fué regente hasta la mayor edad de Luis XIV y era muy guapa.)

Blanca de Castilla, madre de San Luis (y hermana de D.^a Berenguela, madre de San Fernando) adoptó por emblema un lirio en campo de flores de lis heráldicas, *Lilium inter lilia*. Un lirio entre los lirios. Presagiaba á los modernistas.

—¿Qué le parece á usted este pareado?

—Muy bien, pero un poquito largo.

Solución del problema núm. 1

— — —

1. A 5 E
2. D 5 C ehec
3. D 3 A ehec y mate

2. D 4 D ehec
3. D 1 A ehec y mate

2. R 2 D
3. D 1 A ehec y mate

2. D 7 A ehec
- D por A ehec y mate

1. R juega.
2. R juega.

1. T. por F.
2. R. juega.

1. P 4 D.
2. juegan.

1. D. por A.
3. A cubre.

MODAS



MES DE MAYO

CHARADA

De *una*, la letra primera puede ser representada por una escuadra cualquiera que no resulte inclinada: la segunda, una herradura por ambos brazos colgada, y la tercera, recta pura en posición de plomada.

De *dos*, la letra primera puede ser representada por culebra que estuviera en posición ondeada, y la segunda pudiera quedar bien representada por portátil escalera con su cuerda atirantada.

De *todo*, por su finura, la gente está enamorada. Es una amable criatura que merece esta charada.

ROMPE CABEZAS



¿Dónde está la rana?

Las soluciones en el próximo número.



CUENTOS LARGOS Y CORTOS

ORIGINALES

DE LOS

MEJORES AUTORES MODERNOS

Un tomo encuadernado en tela,
5 pesetas.

LOS TRES GUARDIAS DE LA REINA

POR

RAFAEL DE LA CUESTA

35 cuadernos, que forman 2 tomos, y encuadernada, 20'50 pesetas.

EL CORAZON DE UN TORERO

ORIGINAL DE

ENRIQUE FERNÁNDEZ DE LARA

35 cuadernos, que forman 2 tomos, 17'50 pesetas.
Encuadernada, 21'50 pesetas.

EL JURAMENTO DE UN PROSCRIPTO

POR

RAFAEL DE LA CUESTA

40 cuadernos, que forman 2 tomos, y encuadernada 23 pesetas.

LOS DRAMAS DE MADRID

POR

EDUARDO BLASCO

25 cuadernos, que forman 2 tomos, 12'50 pesetas.
Encuadernada, 15'50 pesetas.

ESPOSA ENAMORADA

POR

ANDRÉS ARELLANO

25 cuadernos, que forman 2 tomos, 13'50 pesetas.
Encuadernada, 15'50 pesetas.

ALBORADA Ó LA CAUTIVA DE AMOR

POR

L. GARCÍA DEL REAL

25 cuadernos, que forman 2 tomos, 12'50 pesetas.
Encuadernada, 15'50 pesetas.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRAFICO EDITORIAL DE RAMON MOLINAS: PLAZA DE TETUAN, 50 - BARCELONA

